

cando, sin duda, la de Adán (su carne habla de la misma carne de Cristo), la del sacrificio de Isaac, la de José o Moisés. Rasgo característico también de esta cristología es la aparición del título *Nomen* aplicado a Cristo, con el que se alude a la persona de Cristo en un contexto martirial y a su divinidad. En continuidad con la tradición patrística anterior, sitúa la «carne» como fundamento de los misterios de la vida de Cristo: sin carne no hay sufrimiento ni muerte, y sin ella tampoco hay resurrección. Muy desarrollada está también en el *Carmen* la teología del sacerdocio de Cristo, expresada en su relación con el sacrificio de Isaac. El de Cristo es el verdadero sacrificio del cordero, con dos características esenciales: la obediencia al Padre y el ofrecimiento material de su carne. Y, por

último, presenta también a Cristo como el verdadero templo de Dios.

Se trata, por tanto, de una teología de gran calado sobre el Salvador, y si bien no estamos ante una composición poética paradigmática con un estilo acabado, sí encontramos un cauce para dar respuesta a los planteamientos de la herejía marcionita con una cristología y soteriología en ciernes, pero ya de gran altura. Eso es lo que se va evidenciando en este espléndido estudio. «El Pseudo-Tertuliano, es verdad, depende de los grandes. En nuestra opinión, sin embargo, y después de haber estado escudriñando los tesoros de su entera obra, no merece quedar relegado al olvido. Su cristología exhorta a todo lo contrario» (p. 164).

Juan Antonio GIL-TAMAYO

EGERIA, *El itinerario de Egeria. Los lugares santos vistos y comentados por una dama cristiana del siglo IV*, Presentación, traducción y notas de Carmen Castillo, Madrid: Rialp, 2016, 82 pp., 14 x 20, ISBN 978-84-321-4720-3.

El itinerario de Egeria es un relato de recuerdos del viaje que una –probablemente– dama de alcurnia de la Hispania romana hizo, a finales del siglo IV, a los Lugares Santos del cristianismo. Como explica la autora de la traducción y las notas, la latinista Carmen Castillo, se trata probablemente de las anotaciones tomadas durante una peregrinación, y que contenían las impresiones que quería transmitir a las monjas de un monasterio situado en la provincia romana de Gallaecia, del que Egeria era protectora. Parece ser, también, que esta mujer tenía algún tipo de relación de parentesco con la familia del Emperador Teodosio, y que su viaje tuviese algún tipo de relación con el del recién nombrado Emperador desde Hispania hasta Constan-

tinopla, la segunda Roma, donde iba a ser coronado. La fecha del comienzo del viaje de Egeria se situaría en el año 378.

El manuscrito en el que nos ha llegado la copia del *Itinerario* es del siglo XI, y no se ha conservado completo, pues le falta el comienzo, del que se desconoce la extensión. El relato, tal y como lo tenemos, consta de dos partes diferenciadas. Una de ellas las constituyen los recuerdos del viaje; la otra es una descripción de las ceremonias litúrgicas tal y como se celebraban en los lugares visitados. La presente traducción del itinerario es tan sólo de la primera de dichas partes.

Como señala la traductora, aunque el relato que conservamos comienza en los alrededores del Sinaí, es de suponer que el viaje anterior, por Europa, hubiese seguido el re-

corrido que aparece en un Itinerario anónimo, fechado unas décadas antes (año 333): Burdeos, Arlés, Milán, Aquileia, Sirmium, Sofía y Constantinopla. En relación con esta parte del recorrido, Egeria tan sólo dice que pasó el Ródano. El texto ahora traducido comienza con la visita al Sinaí, lugar en el que, con mucha emoción, la comitiva, acompañada a menudo por algunos presbíteros y monjes del lugar, visita el monte Sinaí, el Horeb, y todos los alrededores, pidiendo con insistencia ver todo lo relacionado con los episodios que aparecen en los libros sagrados: dónde acampó el pueblo de Israel cuando salió de Egipto, dónde estaba la zarza ardiente que vio Moisés, dónde construyó Aarón el becerro de oro, dónde se escondió Elías cuando fue perseguido, etc. En muchos de estos lugares vivían monjes y había señales conmemorativas o pequeñas iglesias, en las que a veces se paraban los peregrinos a orar o a asistir a la santa misa y después se les ofrecían «eulogias» (alimentos en señal de bendición, signo de comunión y caridad). La comitiva dedicó también un tiempo a visitar los entornos de la tierra de Gosén y Ramsés; el monte Nebo; la región de Anitise, con el sepulcro de Job, al límite entre Idumea y Arabia; Sedima (anti-

gua Salem), la ciudad del rey Melquisedec; Aenon, donde bautizaba san Juan; Tisbé, la ciudad de Elías; Antioquía; Mesopotamia de Siria, donde se encuentra Edesa, y en donde visitó el sepulcro de santo Tomás y en donde se le habló de la correspondencia entre Jesús y Abgar; Carris (Carra), donde vivió Abraham; el pozo de Jacob; Társo; el sepulcro de santa Tecla; y muchos otros. A todos estos lugares, visitados a lo largo de un periodo muy extenso de tiempo, debe añadirse la larga permanencia en Jerusalén, en donde y desde donde visitó muchos otros lugares.

El relato no es propiamente literario, sino más bien representativo del llamado «Latín Vulgar», lengua hablada en la época tardía, e inmediato precedente de las lenguas romances o románicas. Como pone de relieve la traductora, el texto es bastante repetitivo, pero su lectura no se hace trabajosa, pues la conexión con la emocionada viajera es instantánea. Se trata, además, de un texto realmente interesante para conocer o situar los lugares tradicionales relacionados con los textos bíblicos, ya desde muy pronto atestiguados por la presencia de monjes o de lugares de culto.

Juan Luis CABALLERO

Lieve BOEVE, Mathijs LAMBERIGTS y Terrence MERRIGAN (eds.),

The Contested Legacy of Vatican II. Lessons and Prospects, Leuven-Paris-Bristol: Peeters («Louvain Theological & Pastoral Monographs», 43), 2015, 225 pp., 14 x 22, ISBN 978-90-429-3206-7.

Con motivo del cincuenta aniversario del Vaticano II este volumen reúne aportaciones de ocho especialistas de la historia del Concilio Vaticano II y su posterior incidencia en la Iglesia. Cada uno de los autores desarrolla una perspectiva específica de su recepción, y del significado del Concilio para la actualidad. Cada autor expone criterios

hermenéuticos del Concilio. Las primeras páginas abordan la interpretación del Vaticano II como acontecimiento y *corpus* textual. J. Komonchak (Catholic University of America) estima que en la interpretación del concilio van unidos texto y acontecimiento, y a su vez hay que contar con la interpretación postconciliar. P. Hünermann (Facultad